UNA PÁGINA TRISTE.

Drama original en tres actos y en verso, por D. Joaquin de Alcántara, *representado por primera vez en el circo barcelonés, el año de* 1862.

PERSONAS.	ACTORES.
INÉS.	*Doña M. Duclós.*
MARÍA.	*Doña Felipa Diaz.*
FELISA.	*Doña Rafaela García.*
D. SANTIAGO.	*D. Leandro Lugar.*
D. BLAS.	*D. Ceferino Guerra.*
VICTORINO.	*D. Ricardo Morales.*
MARIANO	*D. Juan García.*
ERNESTO.	*D. Julio Parreño.*
JAVIER.	*D Antonio Vico.*

Un comisario, dependientes de casa de Herrera, un criado.

La accion es contemporánea; el primer acto pasa en casa de don Blas; los dos últimos en casa de Herrera. Madrid.

ACTO PRIMERO.

Una sala bien amueblada; puertas al fondo y laterales. Al levantarse el telon, aparecerá María bordando.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA.

Contenta de mi obra estoy.
Mi pecho el gozo dilata
al pensar, que será grata
la sorpresa que le doy
á Victorino. Ya es hora
que con mi regalo diga
la gratitud que aquí abriga
esta infeliz bordadora.
—No debo amarle, que ya
con Inés la boda es cierta...
—Mas ¿por qué el amor despierta
si la esperanza se vá?
—Hoy que su dicha asegura
esa boda proyectada,
la huérfana enamorada
no turbará su ventura,
no. Ya que mi protector
con Inés unirle ansía,
la gratitud de María
será cárcel de su amor;
porque amor que causa agravios
á quien me quiso constante,
no asomará á mi semblante
ni escapará de mis lábios.

ESCENA II.

MARIA, FELISA.

FEL. Vamos, señorita; veo
que trabaja usté al vapor.
MARIA. Terminar esta labor
es mi único deseo.
FEL. Y falta?..
MARÍA. Poco.
FEL. Si, eh?
MARIA. A su término ya toco.
FEL. Me alegro.
MARIA. Falta tan poco,
Felisa, que ya acabé.
(*Maria saca del bastidor la pechera que habrá bordado y la coloca en una caja que hay encima de la mesa.*)
FEL. Preciosa labor! Divino
bordado! (*mirandole.*)
MARÍA. No fué mi intento...
FEL. Ya verá usted qué contento
se pondrá don Victorino.
Será justo que lo alabe
como se merece...—Mas
que no lo vea don Blas.
MARÍA. No temas; don Blas lo sabe.
FEL Que lo sabe?
MARÍA. Pues; preciso.
FEL. Conque el amo sabe el caso?
MARIA. Pudiera yo dar un paso,
Felisa, sin su permiso?
Siempre obrar asi es mejor...
FEL. Sí; pero quizás él crea
que agradecimiento sea
lo que yo sé que es amor.
MARIA. No digas eso (*con rubor.*)
FEL. Es bien clara
mi sospecha. ¿A qué mentir,
si ya le veo salir
los colores á la cara?
MARIA. Que tal imagines siento.
FEL. A mí nada se me escapa.
Usted es guapa,—muy guapa,—
y él es jóven de talento.

13
678457

MARÍA. No...
FEL. Usted negarlo procura...
MARIA. Mas...
FEL. Que se hermanen es justo
el talento con el gusto
y el amor con la hermosura.
MARÍA. Felisa...
FEL. Como vecino
está mi cuarto al de usté,
muchas noches escuché
el nombre de Victorino
de sus labios escapar.
Si no amára...
MARÍA. Le amo... es cierto;
mas si tú lo has descubierto
no lo vayas á contar.
—Confesártelo me arranca
un ¡ay! que mi pecho alegra.
FEL. Vé usted? La mentira es negra,
pero la verdad, muy blanca.
—Ya conozco á otro señor
que tambien le hace la corte
y no le queda mas norte
que ese rostro encantador.
Ayer, cuando me decia:
—«ando perdido en el vicio,
mas recobrára el juicio.
con el amor de María,»—
yo pensaba, pobre diablo!...
Victorino es el galan
á quien pronto le leerán
la epístola de San Pablo.
MARÍA. No digas eso jamás.
FEL. No soy reservada acaso?
—Al amarle dió usted un paso
sin permiso de don Blas.
MARÍA. Es verdad!... Misterios son
del alma.
FEL. Sí, se supone.
¿Quién á obedecer se opone
lo que manda el corazon?
Impreso en su rostro está
el amor y la impaciencia
que siente.
MARÍA. (Estará en la audiencia?...
ó al lado de Inés quizá. (*cambiando de idea.*)
—Oh, no!...)
FEL. Sé que lo adivino.
A usted la aflige pensar
que habrá ido á visitar
á otra ninfa Victorino.
MARÍA. (Ahogar este amor me toca,
mientras viva, que á Inés ama,
lo sé bien.) (*oyése llamar á la puerta.*)
FEL. El amo llama.
MARÍA. Vé á abrir y sella tu boca.
(*Felisa se vá por el fondo y aparece don Blas.*)

ESCENA III.

MARÍA, DON BLAS.

BLAS. Ah, María!... Hoy es el dia
mas dichoso para mí.
MARÍA. Vió usted á Victorino?...
BLAS. Sí.
MARÍA. Y qué?
BLAS. Se lució, María.
MARÍA. Oh! (*con gozo.*)
BLAS. Placer tan estremado
jamás aqui dentro cupo.
MARÍA. Bendito Dios!
BLAS. Qué bien supo
defender al acusado!
qué bien!—A oirle acudió
don Santiago con Inés,
su bella sobrina
MARÍA. (*tristemente.*) (Pues!
Todos, todos. . menos yo!)
BLAS. Agradecer no es mi intento
el ciego amor de esa chica
hácia mi hijo. Si ella es rica,
el tiene en cambio talento;
y la dá, al darla su nombre,
un gran tesoro á mi ver,
que el talento debe ser
el patrimonio del hombre.
MARÍA. (Ay de mí!)
BLAS. Como decia,
me ahogaba el gozo y salí
al fin llorando de allí.
MARÍA. Si llora usted todavía...
BLAS. Ya puede el pecho latir
con inmenso regocijo:
ya le sonrie á mi hijo
un brillante porvenir.
—Para dicha de los dos
el cielo un bien me depara.
MARÍA. Quien á la huérfana ampara
no puede olvidarle Dios.
BLAS. Tú, hecho el corazon pedazos,
morir á tu padre viste:
huérfana, á casa viniste
y te abrimos nuestros brazos.
MARÍA. Sí.
BLAS. No hice nada de mas.
Estoy de ello satisfecho,
pues lo mismo hubiera hecho
tu pobre padre por Blas.
Por mí, que la pena impia
del pecho ya no se aleja,
al pensar que mi hijo deja
en breve mi compañía.
—Mas en Inés cifra toda
su ventura, y aunque llevo
conmigo el dolor, no debo
ser quien se oponga á esa boda.
MARÍA. Si ella su felicidad
ha de labrar, no sería
justo oponerse...
BLAS. Es, María,
tan triste la soledad!
—Eres bella, y si tal vez
hallas quien tu amor merezca,
no tendré quien embellezca
los dias de mi vejez.
MARÍA. Jamás!
BLAS. Sé quien solicita
tu mano, me lo ha confiado.—
Si te arranca de mi lado
la tranquilidad me quita.
MARÍA. ¿Cómo... A mí?
BLAS. No es ningun niño;
pero tambien me parece
que el corazon no envejece
cuando dá entrada al cariño.
—Si el cariño dá la vida,
qué mucho que lo ambicione?
MARÍA. No tema que le abandone
la huérfana agradecida.

BLAS. Cuánto me quieres!
MARÍA. No igualo
quizá al suyo mi querer.
—Mire usté el regalo.
BLAS. A ver...
—Magnífico es el regalo!
MARÍA. De veras le gusta?
BLAS. Tanto,
que me dá envidia pensar...
MARÍA. Otra igual pienso bordar
para el dia de su santo.
(*Oyese llamar á la puerta: Felisa atraviesa el foro.*)
BLAS. Mi hijo.
MARÍA. (Amor, que derrama
dichas en el alma, fiel
le contesta, porque es él
quien así en el alma llama)

ESCENA IV.

VICTORINO, *dichos.*

VIC. Ah, padre!
BLAS. Dichoso dia,
Victorino, para mí.
La alegría que perdí
renace.
VIC. Veo, María,
la inmensa satisfaccion
de tu pecho.
MARÍA. (No quisiera
que ahora mi rostro fuera
espejo del corazon.)
—Toma. (*Presentándole la caja.*)
BLAS. Es un regalo...
VIC. Sí?
BLAS. De mucho gusto, á fé mia.
VIC. Preciosa labor! (*mirándolo.*)
MARÍA. María
lo ha bordado para tí.
VIC. Ah! ¿Cómo corresponder
podré dignamente?
BLAS. Piensa
que la mejor recompensa
es saber agradecer.
VIC. Agradecer es mi intento.
MARÍA. Así, si el regalo es malo,
dará valor al regalo
mi eterno agradecimiento. (*váse por la derecha*)

ESCENA V.

BLAS, VICTORINO.

VIC. ¡Qué ángel!
BLAS. Desde que el techo
de mi casa la cobija
calma el luto de la hija
la gratitud de su pecho.
VIC. Pobre huérfana!
BLAS. Desea
complaceros.
VIC. En verdad
hará la felicidad
del hombre que la posea.
Herrera la adora. Todas
sus aspiraciones son
conquistar su corazon
y celebrar ambas bodas
á un mismo tiempo.
BLAS. Ya ves.
cómo pierdo mi alegría!
Él casará con María,
tú con su sobrina Inés.
VIC. Así todo se concilia.
Ganará usted de mil modos,
si ellos se casan, pues todos
viviremos en familia.
BLAS. Todos!... El lábio deten.
VIC. Qué motivo hay para eso?
BLAS. Tengo celos, lo confieso;
amo á María tambien.
VIC. Qué escucho? Usted una pasion!
A su edad tal candidez!...
BLAS. La nieve de la vejez
nunca baja al corazon.
¡No descubriré jamás
el fuego que aquí se halla,
porque el amor que se calla
es el que se siente mas! (*váse por la izquierda.*)

ESCENA VI.

VICTORINO.

La quiere y su amor devora
en silencio?...—No se esplica...
—Comprendo! Se sacrifica
por Herrera que la adora.
A los nobles corazones (*llaman.*)
que agradecer Dios ordena,
les sujeta una cadena
de pesados eslabones.
Presta encantos la virtud
á la mujer mas honesta,
y al hombre tambien le presta
encantos la gratitud.

ESCENA VII.

MARIANO, *Dicho.*

MAR. Adios.
VIC. Anhelaba verte.
MAR. Yo tambien á tí.
VIC. Qué ocurre?
MAR. Que la existencia me aburre
y llamo en vano á la muerte!
VIC. Mariano, estás loco?
MAR. Estoy
desesperado.
VIC. Bien, dí...
MAR. Los demonios contra mí
se desencadenan hoy.
VIC. Acaba.
MAR. Anoche, don Diego
para Herrera me entregó
una cantidad, y yo...
VIC. Qué!
MAR. La he perdido en el juego!
VIC. Sed de oro! Maldito vicio
de la voluntad, señor,
que conduce al jugador
al borde del precipicio!
—Mariano, aunque no te cuadre,
es menester que abandones
el juego antes que ocasiones
la muerte á tu pobre madre.
Que te separes te pido
de esa horrible senda luego,
porque el dinero del juego
es siempre mal adquirido.
El jugador no reposa,
gane ó pierda, ni un momento:

si gana quita el sustento
á alguna madre ó esposa
que en la desventura gimen;
si pierde y quien satisfaga
su anhelo no encuentra, apaga
la sed de oro con crímen.

MAR. Herrera, esa cantidad
aguarda y darle es preciso...
—Sácame del compromiso
ó hago una barbaridad.
Con la suerte tenaz, lidio
en vano, lo sé.

VIC. Sí, en vano.
Hoy, por fortuna, mi mano
te liberta del suicidio;
pero si sigue contigo
ese afan que te devora,
no encontrarás, como ahora,
el corazon de un amigo.

MAR. ¿Cómo te podré pagar
tal favor?

VIC. Si lo agradeces,
me lo pagarás con creces
con no volver á jugar.
—Asciende la cantidad?...

MAR. Á tres mil seiscientos reales.

(*Victorino saca del pupitre varios billetes de banco y los entrega á Mariano.*)

VIC. Toma.

MAR. Tú endulzas mis males.

VIC. Cumplo un deber de amistad,
nada mas.

MAR. No es cierto. ¿Quién
podrá dudar, Victorino?...

VIC. Abandona ese camino
(*Mariano le tiende la mano que Victorino rehusa.*)
y emprende con fé el del bien,
que si voluntad te sobra
para saber dominarte,
la mano podré estrecharte
orgulloso de mi obra.
Que te arrepientas te pido;
pues si hoy mi súplica es vana,
te arrepentirás mañana
de no haberte arrepentido.

MAR. Gracias, amigo.

VIC El sosiego
vale mas que el oro.

MAR. Sí.

VIC. ¿Á cuántos no has visto, dí,
arruinándose en el juego?
Desata el infierno males
sobre aquel que juega.

MAR. Oh! Sí!
Sobre el tapete ayer ví (*con febril esoitacion.*)
dos millones de reales!
Pavor dióme la alegría
del banquero, que al instante
se fué, y pavor el semblante
del hombre que los perdia.

VIC. Ese desdichado, tan
opulento ayer, se afana
por ganar, y al fin, mañana
mendiga un trozo de pan.
—No juegues mas.

MAR. No; sentí,
al brindarme tú el reposo,
que un influjo poderoso
ejercian sobre mí
tus consejos. Mis desvíos
no han de romper estos lazos
de amistad.

VIC. Ven á mis brazos!

ESCENA VIII.

DON BLAS, *Dichos.*

BLAS. Á los mios, á los mios!

MAR. Don Blas! (*abrazándole con efusion.*)

BLAS. Todo lo escuché
y gracias á mi hijo doy

VIC. Señor...

BLAS. Orgulloso estoy.
de ser tu padre.

VIC. Por qué?
Si quito con mis consejos
de tus ojos esa venda,
Mariano estará en la senda
del bien; que no está muy lejos.
Mas si sigue delirante
en esa lucha tenaz,
al querer buscar la paz
la verá ya muy distante.

MAR. Jamás!

BLAS. Rompe la cadena
que al negro vicio te ata;
mira que una pena mata
y matarias de pena
sin duda á la madre amante,
á la bondadosa vieja
que tranquila el mundo deja
mirándome en tu semblante.
Los dias de su existencia
con tu proceder alarga,
que para tí será amarga
la falta de su presencia.

MAR. Ah! Madre mia! (*con sentimiento.*)

BLAS. Si la amas
como merece, presiento
que son de arrepentimiento
las lágrimas que derramas.
Si lo son, sin vacilar
alza el semblante abatido,
porque al hombre arrepentido
se le debe perdonar.

MAR. Gracias, don Blas. ¿Cómo pago
tantos favores?

VIC. Te ruego
veas á tu madre, y luego
entregues á don Santiago
esa cantidad.

MAR. Testigo
de mi gratitud tambien
es Dios.

BLAS. Vé; sé hombre de bien
y hallarás en mí un amigo.

MAR. Me separo de los dos
siendo ya otro.

VIC. Bien, Mariano. (*dándole la mano.*)

BLAS. Los consejos de un anciano
los dicta el Señor,

MAR. Adios. (*vase por el fondo.*)

ESCENA IX.

BLAS, VICTORINO.

BLAS. Hijo de mi vida!

VIC. ¿Llora

usted tambien?
BLAS. Sí; mis lágrimas
son lágrimas de consuelo
que prestan solaz al alma.
VIC. Hacer todo el bien que pueda
ha sido siempre mi máxima,
y dichoso me contemplo
cuando puedo practicarla.
BLAS. Ven; siéntate aquí.
VIC. (*sentándose á su lado.*) Me place.
BLAS. La presencia en esta casa
de Mariano, que hoy del vicio
los fuertes lazos desata,
en mi memoria despierta
con vivos cuadros, las faltas
que en mi borrascosa vida
cometí!...
VIC. ¿Á qué recordarlas
tras tantos años, si sabe
que el llanto las culpas lava?
BLAS. Mucho he llorado, es verdad,
mas la Providencia sábia
hace que el hombre no olvide
sus errores.
VIC. Esas canas
venerables, atestiguan
una conducta sin tacha.
Leer no quiero en esos ojos,
padre mio, lo que pasa
en su corazon, mas creo
que esconde una historia amarga.
Si sus faltas son tan grandes
que el sosiego le arrebatan,
¿con qué derecho pudiera
severo juzgarle? Basta
para ello el juez supremo
que inclinára la balanza
para perdonar. Yo sé
que desde mi tierna infancia
me condujo cariñoso
por una senda que encanta;
por el camino del bien
que infinitos goces labra.
Que á fuerza de sacrificios
me dió una carrera, y nada
me ha escaseado; usted, que
triste dependiente en casa
de don Santiago de Herrera,
por su proceder sin mancha
llegó á ser en poco tiempo
fiel guardador de sus arcas.
Tan solo miré un modelo
de honradez, padre. En mi alma
no hay sentimientos mezquinos
que al hombre tanto le infaman,
porque cuanto hay de bello
en usté, en mí se retrata.
LAS. Gracias, hijo; pero debo...
IC. Mi madre, que en paz descansa,
vé sus afanes, y sabe
mi gratitud
LAS. Oh!
IC. Pactada
mi boda está con Inés
de Herrera. Que ella me ama
dice usted, pero si yo
no la amase, lo dudára.
AS. Pues del lado de tu padre
te ausentas, la *triste página*
del libro de mi existencia
ya no debes ignorarla.
VIC. No sé qué presentimiento
cabida en mi pecho halla
al escuchar de sus lábios.
lo que confiarme trata.
BLAS. Tu enlace con la sobrina
de don Santiago, te basta
para llegar á gozar
en la sociedad muy altas
consideraciones. Yo
te dí una carrera. Acabas
de demostrar ante un público
lo que vales. Realizada
mi esperanza de que vieras
en mí un padre que te ama,
partícipe hoy debo hacerte
del dolor que esconde el alma.
VIC. Hable usted (*con ademan pesaroso.*)
BLAS. A los trece años
morir á mi madre ví
y el amor no conocí
de parientes ni de estraños.
A mi padre, su perdon
le de Dios, lo ví á través
de las rejas, y despues
murió en la misma prision.
(*movimiento de sorpresa en Victorino.*)
Fué hombre de honor: solamente
encarcelado se vía
porque defendido habia
la causa del insurgente.
—¡Sin el amor maternal
que nos enseña el camino
de la virtud, Victorino,
entré en la senda del mal. (*pausa.*)
Sin hogar, del vicio en pos,
sin ver en su desnudez
todo el crímen, fuí una vez...
ladron!
VIC. Qué escucho?—Gran Dios!
BLAS. ¡Él perdone á aquel infame
de mi maldad instrumento,
si son de arrepentimiento
cuantas lágrimas derrame!
—¡Aquel corazon de hierro
escapó con lo robado ..
Yo... fuí preso y condenado
á treinta meses de encierro!
VIC. Usted! (*con horror.*)
BLAS. Era necesario
cumplir tal condena, para
que su alma purificára
el infeliz presidiario.
—Lo conseguí. Abandoné
aquel recinto, regado
con el llanto del culpado,
y el presidiario ya fué
para el que lo conoció,
otro hombre. A no haberlo sido
jamás le hubiera querido
la esposa que le adoró.
—A aquella mujer querida,
que de madre el nombre diste
mostré la página triste
de la historia de mi vida;
y estrechándome en su seno,
dijo: «levanta la frente,
que el malo que se arrepiente

desde ahora empieza á ser bueno.»
VIC. Ah, padre mio! ¡Qué velo
á mi vista se descorre!...
¿Cómo es posible qué borre
tal mancha!
BLAS. Benigno el cielo
mostró la senda del bien
al que lloró y reflexiona,
que si el Señor le perdona
has de perdonar tambien.
VIC. ¡A sentir, padre, comienzo
el desprecio de las gentes!
BLAS. Qué lo ignoren...—No lo cuentes!
VIC. (De saberlo me avergüenzo!)
BLAS. No del autor de tus dias
tu queja el pecho taladre.
VIC. De las culpas de mi padre
hoy nacen las penas mias!
(*se oye llamar á la puerta. Padre é hijo dominan su emocion.*)

ESCENA X.

DON SANTIAGO, INÉS, FELISA, *Dichos.*

FEL. Pasen ustedes... Aquí
están. (*desde el fondo y váse.*)
SANT. Si es que incomodamos,
al punto nos retiramos,
señores. (*con jovialidad.*)
VIC. No.
BLAS. Jamás ví.
tan honrada mi morada.
INÉS. (Qué tienes?) (*á Victorino.*)
VIC. (Nada.) (*á Ines.*)
SANT. (*á Blas.*) Eso no;
porque siempre está sé yo
con vuestra presencia honrada. (*todos se sientan.*)
—Quise pagar infinitas
deudas y cumplí el deseo,
porque yo, señores, creo
que son deudas las visitas.
Terminada esta tarea
que nace del compromiso,
digimos:—será preciso
ir á casa de Gurrea;
pues él estará, de fijo,
aguardando para qué
como otros muchos, le dé
la enhorabuena á su hijo.
VIC. Don Santiago...
INES. Justo es
rendir tributo al talento.
SANT. Del placer que esperimento
es participe mi Inés.
BLAS. Aprecio...
SANT. (*á Blas.*) Se hace importante
tu hijo en la sociedad,
y bien merece...—En verdad
fué su defensa brillante.
VIC. Favor... (*Blas y don Santiago siguen hablando.*)
INES. (*á Victorino.*) (He venido aquí
porque verte es mi deseo;
mas tú, Victorino, veo
que no haces caso de mi.)
SANT. Pero y María?
BLAS. (*mirando á la derecha.*) Aquí sale.

ESCENA XI.

MARIA, *dichos.*

MARIA. Inés...(*besándola.*)—Adios... (*á Herrera.*)
SANT. (Qué bonita!)
MARIA. Inesperada visita.
SANT. (No hay belleza que le iguale)
MARIA. Precioso vestido. (*sentándose al lado de Inés.*)
INES. Pues
me lo puse á mi pesar.
SANT. Les venimos á invitar
á ustedes.—Verdad, Inés?
INES. Sí, por cierto. Una sorpresa.
BLAS. Qué es ello?
VIC. Impaciente espero....
SANT. Tenerles á todos quiero
reunidos hoy en mi mesa.
BLAS. Pero...
SANT Nadie se propasa
á desairarme.
VIC. (*escusándose.*) Yo estoy...
SANT. Veinte años cumplen hoy (*á Victorino.*)
que tú padre entró en mi casa,
y juzgo muy necesario
que, sin que hagamos estremos,
en familia celebremos
tan solemne aniversario.
BLAS. No será contradictorio
al suyo mi parecer
SANT. Mañana podrás volver
á encerrarte en mi escritorio.
BLAS. Será preciso.
SANT. Trabaja,
si es tu empeño.
BLAS. Una rareza
será, pero mi cabeza
ha encanecido en la caja.
Guardador constante fuí;
por eso cuando me alejo,
se me figura que dejo
mis pensamientos allí.
SANT. Pobre Blas!—Mas ¿cómo está
de fondos?
BLAS. No está muy buena,
y verla así me dá pena ..
mas creo que curará
muy en breve.
SANT. Sinsabor
no sentiré, por ahora,
porque sé que esa... señora
tiene en tí muy buen doctor.
No me sorprende, soy franco,
que curarla me prometas,
porque siempre por recetas
la dás billetes de banco.
—Conque á ver si al fin reunes
algunos tomos.—Inés,
vamos? (*levántanse.*)
INES. Bien.
SANT. Hasta despues.
MARIA. (Se aman!) (*mirando á Ines y á Victorino.*)
SANT. Vuestra boda el lunes.
se afectuará.
VIC. Siete dias (*á Inés.*)
amando veloces pasan!
BLAS. Hasta luego.
INÉS. Adios.
MARIA. (¡Se casan...
—Pobres es esperanzas mias!)
(*Blas y Victorino salen á acompañarlos. María dice las últimas palabras en la puerta del fondo y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala magníficamente decorada: puertas laterales y al fondo. Al levantarse el telon entra por el fondo don Santiago.

ESCENA PRIMERA.

DON SANTIAGO, CRIADO.

SANT. Nada quiero; puedes irte.
Dí á Ginés que desenganche.
(*dándole el sombrero y este lo coloca en una silla.*)
CRIA. Bien está. (*váse por el fondo.*)
SANT. Ya poco puede
tardar María; ese ángel
de mis pensamientos.—No
quiero que mas se dilate
mi silencio. Hoy me declaro,
y si corresponde amante,
le daré en breve mi mano
y un dote considerable.
Es hermosa. . pero pobre;
cualidad poco agradable.
Yo adorno con mis riquezas
mis cuarenta navidades.
Blas, que ha sido para ella,
desde su horfandad, un padre,
logrará con sus consejos
inclinarla á que se case.

ESCENA II.

INÉS, DON SANTIAGO.

SANT. Pues sí, sobrinita; como
te dije en el carruaje,
casarme tambien pretendo
tan solo por imitarte.
INÉS. Lo aplaudo.
SANT. Mi pensamiento
no puede ser mas laudable.
Una cuantiosa fortuna
de tus padres heredaste,
mas no obstante, partiré
mi fortuna en dos mitades,
una para tí, la otra
para aquella que tú sabes,
si como creo se digna
corazon y mano darme.
—Pero con disgusto mio
advierto que en tu semblante
la tristeza se retrata.
—Qué tienes? Dime tus males.
INÉS. Nada... que el tal Victorino
tiene un genio inaguantable.
SANT. Cómo?
INÉS. Exigente... celoso
de su sombra.
SANT. Es muy chocante
en un hombre de talento
tal rareza.
INÉS. En todas partes
se dá á conocer. Jesus!
No quiere que mire á nadie
mas que á él. Ya ha visto usted
con qué cara de vinagre
nos ha recibido.
SANT. Inés,
esa falta es perdonable,
porque los celos son humo
del fuego de amor, y vale
mas que peque por esceso
de cariño, que te engañe.
INÉS. Ademas es rencoroso.
SANT. Qué dices?
INÉS. Porque en el baile
de casa Villa-García
salí á bailar con Suarez
un rigodon, ya se puso
hecho un Otelo.
SANT. Diantre
de muchacho!
INÉS. Sí, señor;
queria desafiarle.
A Suarez, que es conmigo
tan atento, tan galante...
SANT. Qué es galante? Pues entonces
lo que me pasma es que estrañes
que esté celoso.
INÉS. Me tiene
muy aburrida, y no obstante
siento que le quiero... y eso
que... quisiera equivocarme,
pero á mí se me figura
que María está delante
de todos sus pensamientos.
SANT. Bah! Son cabilosidades
tuyas. El hijo de Blas
no puede querer á nadie
mas que á tí.
INÉS. Yo lo sabré.
—Si cuando usted le declaré
á María sus deseos.
á tan ventajoso enlace
renuncia, prueba evidente
de que ellos se aman.
SANT. Mal haces
en sospechar de María.
INÉS. Sí? El viérnes los ví en la calle
de Carretas muy juntitos...
SANT. Qué?...
INÉS. Y era tan agradable
la plática de la huérfana
para él, que mi carruaje
no vió.
SANT. Pues descuida; yo
te lo pondré como un guante.
INÉS. Si mis sospechas son ciertas!...
—Creo que podia darse
por dichoso de que una
mujer como yo le amase.
SANT. Sobrina...
INÉS. Como averigüe
que se quieren, doy á Suarez
la mano que vino un dia
á solicitar en valde.
SANT. Calma, que el que está celoso
no sabe lo que se hace.
(*váse Inés por la izquierda.*)

ESCENA III.

DON SANTIAGO.

Pues señor, á no dudar
mi sobrina pierde el tino...
Mas me induce á sospechar...
—Locura. ¿Cómo ha de amar
la huérfana á Victorino?
—Oh! Pensándolo mejor,

bien pudiera suceder
que, agradecida al favor,
hoy trocára esa mujer
la gratitud en amor.
—Aquí vienen. (*mirando al fondo.*)

ESCENA IV.

MARÍA, BLAS y *Dicho.*

BLAS. Me presento
con María.
SANT. Hace un instante
que sino estaba delante
estaba en mi pensamiento.
MARIA. Dichoso aquel que en la ausencia.
temer no debe.
SANT. Usted ya
en mi pensamiento está
aunque huya de mi presencia.
BLAS. ¿Solo para los presentes
la fiesta ha sido dispuesta?
(*mirando á la derecha.*)
SANT. No; que tambien de esta fiesta
disfrutan mis dependientes.
Justo es que de varios modos
vean todos por igual,
cómo obsequia el principal
al mas antiguo de todos.
MARIA. Bien (*mirando con gozo á Blas.*)
BLAS. Pues, Blas, como es notorio
que la ociosidad detesta,
sin desairar á la fiesta
visitará su escritorio.
—La costumbre... (*váse por la derecha.*)

ESCENA V.

MARÍA, SANTIAGO.

SANT. Es mucho Blas.
—Pero tome usted asiento
y díspense que al momento
no le ofreciera .. (Ya estás
(*ofreciendo una silla á María, y sentándose á su lado.*)
cortado, Santiago, y creo
no conviene...)—¿No va usted
al Prado hace dias? Sed
tengo de verla en paseo,
MARÍA. Gracias... Muy poco, en verdad,
el Prado me satisface.
SANT. Siendo tan jóven...
MARÍA. Me place,
Herrera, la Soledad.
—Que formará considero
de mi un estraño juicio,
pero mas que aquel bullicio
la paz del campo prefiero.
SANT. A fé mia no me estraña,
María, en usté ese empeño;
prueba que algun alhagüeño
pensamiento la acompaña.
MARÍA, Pues raras veces intento
elegir tal compañía.
SANT. Ah! ¿quién pudiera, Maria,
reinar en su pensamiento?
MARÍA. No comprendo, francamente,
ese deseo en usté.
SANT. Eso probaría qué...
yo no le era indiferente. (*pausa.*)
María, en el alma mia
abrigo amor encontró,
y pues usted lo inspiró,
escúcheme usted, María.
MARÍA. (Oh, Dios!)
SANT. Aleje el rubor
que á su bello rostro sube;
no sea el rubor la nube
que empañe un cielo de añor.
El alma mia, gozosa
contempla en su amor un cielo.
—Pronuncie usté el *sí* que anhelo
y en breve será mi esposa.
MARÍA. (Valor, corazon!)—Dudar
de sus palabras no quiero.
Ya sé que usted, caballero,
me llevaria al altar...
pero...
SANT. ¿No acepta usted?
MARÍA. No,
porque conozco que allí
yo pronunciaría un *sí*.
sin que le dictára yo.
Ya que su amor no halla abiertas
las puertas del alma mia,
abrir no debe María
á la desdicha las puertas.
SANT. Un tesoro su amor es:
¿qué mucho que yo no encuentre...
MARÍA. Permítame usted que entre
á la habitacion de Inés.
(*levántase y váse por la puerta izquierda.*)

ESCENA VI.

DON SANTIAGO.

A despreciarme se inclina
cuando goces continuados
la ofrezco?—Serán fundados
los celos de mi sobrina?
Quizás Victorino impere
en su corazon... Quizás...
—Siento que la quiero más
al pensar que no me quiere

ESCENA VII.

MARIANO, *dicho.*

MAR. Señor de Herrera... (*entrando por el fondo.*)
SANT. Adios...
MAR. Diego,
que de Madrid se ausentó
ayer, para usted me dió
la cantidad que le entrego.
Volverá en breve.
(*dá á Santiago los billetes que le dió Victorino.*)
SANT. Hizo mal
y me ofende, lo confieso.
—Ni tampoco tú por eso
debiste ser puntual.
MAR. Dos deseos á la vez
satisfechos á ver llego;
pues he complacido á Diego
y le he visitado á usted.
SANT. Qué se dice por la villa?
MAR. Nada de importancia sé.
SANT. Hombre, ¿es posible que esté
ociosa la gacetilla?
MAR. La mas leve frase es
causa de trastornos luego,
como la chispa de fuego
horrible llama despues.
Toda la atencion encierra
un azar inesperado.

Se asegura que ha quebrado
la casa With de Inglaterra.
SANT. Cómo!
MAR. Anoche en los salones
del Casino, se esparcía
la voz...
(*don Santiago toca un timbre y sale un criado.*)
SANT. El coche. (*al criado que se vá.*)
MAR. Y tenia?...
SANT. Dos millones!
MAR. Dos millones!
SANT. Y en qué ocasion!—Blas!
(*acercándose á la puerta derecha y llamándole.*)

ESCENA VIII.

BLAS, *Dichos.*

SANT. (*á Blas que sale*) Estamos
ignorando lo que pasa!
BLAS. Qué es?
SANT. Ha quebrado la casa
With de Lóndres.—Vamos!
BLAS. (*tomando el sombrero.*) Vamos!
(*vánse por el fondo.*)

ESCENA IX.

MARIANO.

Siento haber sido, á fé mia,
de esta nueva portador.
Dos millones!—Bah! ¿No he visto
poner mil onzas á un dos
y aparecer la contraria
en puerta, y el jugador
más que una mosca tenaz,
dejar allí hasta el honor,
y cuanto Dios dá en aquella
guarida de maldicion?
—Vicio horrible!—Mas qué veo?
(*Mirando á la izquierda.*)
Allí está María.—No
quiero en tales circunstancias
ir á hablarla. Esta pasion
que ella inspirar ha sabido,
el alma purificó.
El juego fué para mí
un demonio tentador;
ella, el ángel tutelar,
mi puerto de salvacion.
(*se dirige al foro para salir.*)

ESCENA X.

ERNESTO, CRIADO, *Dicho.*

CRIADO. Pasaré al punto recado
á la señorita.
(*sale por el fondo y entra en el cuarto de Inés.*)
MAR. (*saludando á Ernesto.*) Adios...
(Este hombre aquí!)
ERN. Abur!
MAR. (*yéndose, pero mirando fijamente á Ernesto.*)
(Por cierto
que despierta mi atencion.
Yo volveré.) (*váse por el fondo.*)
ERN. (*recordando.*) A este mocito
de qué le conozco yo?
CRIADO. Ya sale... (*á Ernesto y váse por el fondo.*)

ESCENA XI.

ERNESTO, INÉS.

ERN. Bien.—Inesita...
INÉS. Oh! Suarez. Bien venido.
¿Qué ha sido de usté este tiempo
que por acá no le he visto?
ERN. He estado ocupado en...
INÉS. Veo
que es usted olvidadizo.
ERN. No tal... Al contrario. Esta
ausencia ha sido un martirio
para el que su dicha cifra
en ver á usted.
INÉS. Yo no admito
esas flores... (*siéntanse.*)
ERN. Son verdades,
que si al fin las prohibimos,
en vano buscaré ansioso
á mis dolores alivio. (*pausa.*)
—Inés, quiere usted mirarme?
INÉS. Pues no he de querer? Ya miro.
ERN. No puedo creer que usted
dé su mano á Victorino.
INÉS. Por qué?
ERN. Porque usted no le ama:
—lo sé muy bien.
INÉS. Se lo han dicho
mis ojos?
ERN. No; yo lo sé.
INÉS. Se precia usted de adivino?
(Dónde irá á parar?)
ERN. Un poco.
—Qué! Se rie usted?
INÉS. Me rio...
ERN. De mi locura?
INÉS. (*riendo*) Sí tal.
ERN. Pues prosiga usted.
INÉS. Prosigo.
ERN. Así añade usté otro encanto
á ese rostro peregrino.
—Acabó usted ya?
INÉS. Acabé.
ERN. Pues sepa usted que he venido
en alas de la esperanza.
INÉS. No entiendo...
ERN. Voy á decirlo.
—Inés, la ví á usté y la amé...
mas no fuí correspondido.
En prueba de mi constancia
aun vive usted en lo íntimo
de mi pecho. Yo, que hiciera
los mayores sacrificios
por verla feliz, no puedo
tolerar que de un ficticio
amor sea víctima.
INÉS. Qué!
ERN. En el siglo en que vivimos (*con intencion.*)
es dios el oro. Una huérfana
vive en cas de Victorino,
que goza con sus miradas
y le roba sus suspiros.
La gratitud de su alma
ha engendrado ese cariño
que es llama que no se apaga
con los vientos del olvido.
INÉS. (Qué es lo que escucho?)
ERN. Usté es rica,
y con ese amor... fingido,
él, Inés, sabe á sus ojos
ocultar el egoismo.
INÉS. Ernesto, ¿supone usted...
ERN. No señora, que lo afirmo.

INÉS. Le conoce usted acaso?
ERN. Si le conozco? Muchísimo.
INÉS. (Qué rayo de luz!)
ERN. (Ya duda.)
INÉS. (Por eso dijo á mi tio
la huérfana, que era en vano
que le pidiera cariño,
y con celos aparentes
pretendia el fementido
alucinarme! Está claro!...
Lo leo como en un libro.)
ERN. Usted merece, Inesita,
llevar el nombre de un título
ó de quien por su riqueza
pueda al instante adquirirlo.
Y él por amor no la quiere,
la quiere por egoismo.
INÉS. Ah!
ERN. Casándose con él (*con intencion.*)
empañará usted el brillo
de su blason...
INÉS. No mas; basta.
ERN. No crea usted que he venido
á acusar á mi rival..
que á tan degradante oficio
ni por amor, ni por ódio
descendiera. La he querido
y el amor que hoy la profeso
es grande, eterno, infinito.
Él aquí me lleva. Apelo
al tiempo, mudo testigo
de los pesares que escondo
sin que usted les preste alivio.
—Mas qué tiene usted? (*levantándose.*)
INÉS. (Los celos
ejercen ya su dominio
en mi corazon!—¡Ay de ellos
si no hallo pronto un motivo
que los desvanezca!)
ERN. Puedo
esperar?...
INÉS. Sí...—Con permiso
(*como dominada por una idea fija.*)
de usted me retiro.
ERN. (*dándole la mano.*) Adios...
Volveré luego.
INÉS. (*sin oirle.*) Dios mio! (*váse por la izquierda.*

ESCENA XII.

ERNESTO.

Al fin hallaron los celos (*con gozo.*)
en su corazon abrigo.
Armas de ventaja son
para mí. Venzo, de fijo.
Ella es orgullosa, y puede
que en breve hácia Victorino
sienta ódio, y si le odia
lo que ambiciono consigo.
La niña tiene de dote
millon y medio. Bonito
negocio si me la llevo.
—Aunque me encuentro perdido,
arruinado, no hay ninguno
que sepa .—Maldito vicio!
Es verdad aquello de...
«dinero mal adquirido...»
—Con mi *industria* me bastaba
para estar como un ministro.
—Si me caso con Inés
no me espongo á ir á un presidio;
pero si mi plan fracasa,
con gran sentimiento mio
tendré que volver de nuevo
á los hábitos antiguos.
—Ante todo, que no vengan
aquí ni Blas, ni su hijo.

ESCENA XIII.

VICTORINO, ERNESTO.

VIC. Caballero... (*saliendo por el fondo.*)
ERN. Usted quizás
no me conoce...
VIC. (*recordando.*) No sé...
ERN. Yo si le conozco á usté.
VIC. Soy el hijo...
ERN. Sí, de Blas.
VIC. Si en algo...
ERN. Como se pierde
la memoria en la vejez,
su padre de usted, tal vez
de su amigo no se acuerde.
VIC. ¿Quién tiene fiel la memoria
en el tumultuoso mar
de la vida?
ERN. Relatar (*con intencion.*)
pudiera muy bien su historia.
VIC. (Cielos!)
ERN. (Se turba.)—La fiesta
que hoy celebrarse debia,
¿se aplaza para otro dia
con noticia tan funesta?
VIC. Qué?...—(Su mirada me aterra.)
ERN. Pues me gusta su cuidado.
¿Ignora usted que ha quebrado
la casa With de Inglaterra,
y que por las relaciones
de Herrera con su consócio,
aquel pierde en el negocio
por valor de dos millones?
VIC. Qué escucho!—Dios soberano!
ERN. No tenga pena ninguna.
Vengo á ofrecer mi fortuna
y á solicitar la mano
de Inés.
VIC. (Gran Dios! Alejad
de mi alma dolor tan fiero,
que si esto escucho y no muero
no debe ser realidad!)
ERN. Calma.
VIC. (*dominándose.*) Es cierto... Arranques son
de mi corazon amante.
—No olvide desde este instante
que es mio su corazon.
ERN. Jóven, apague esa sed
de amor que su pecho inflama,
—Inés á usted no le ama
ni jamás le amará á usted.
VIC. (Un instante si es posible
sepa que esto sueño es
aunque me mate despues
pesadilla tan horrible!)
ERN. Si Herrera no me concede,
la mano que pida yo,
sabrá que cuerdo no obró
en amarla quien no puede.
(*Mirando fijamente á Victorino que queda aterrado.*)

VIC. Dice que no puedo amarla
y cifro mi dicha en verla.
ERN. Renunciar á ella es quererla;
querer su mano, matarla.
VIC. Imposible! Victorino
no ha de huir avergonzado
porque encuentre á un hombre osado
en mitad de su camino.
Las almas enamoradas
constantemente hallan puertas
para querer mas, abiertas,
y para olvidar, cerradas. (*pausa.*)
ERN. Evitar creí necesario
el escándalo mas leve...
Mas ya que loco se atreve
el hijo del presidiario...
VIC. Cielos!
ERN. A seguir tenaz
adorando á esa mujer,
yo, que no quiero, he de ser
quien le arranque el antifáz.
VIC. Silencio! Ya que vilmente
hoy me separa del bien,
no me arrebate tambien
la estimacion de la gente!
Esa amenaza al instante
póngale dique á mi amor....
—Mas no quiera que el rubor
aparezca en mi semblante!
ERN. Es verdad... La estimacion
de que es digno, le disculpa.
(*Inés aparece en la puerta de la derecha.*)
Usted no tuvo la culpa
de ser hijo de un ladron.
VIC. No encone mas la profunda
herida que ocultar quiero.
—Quíteme la vida, pero
mi deshonra no difunda!
ERN. Callaré; pero si intenta
oponerse en mi camino,
á mi pesar, Victorino,
seré el pregon de su afrenta.
Vea usté en mí, no al rival
que su desventura espera,
sino al amigo de Herrera
que quiere evitar su mal.
Abandone... si le place,
ahora á Inés sin alboroto;
que cuando vuelva, halle roto
ese proyectado enlace...
VIC. No podré!
ERN. De lo contrario
todo Herrera lo sabrá
y por siempre arrojará
de esta casa al presidiario.
Es imposible que ame
á su hijo esa mujer.
(*Sin dejar de mirarle se retira por el fondo.*)

ESCENA XIV.

VICTORINO, *luego* INÉS.

¿Cómo tienen tal poder
las palabras de un infame!
Amo á Inés, pero no puedo,
aunque el alma se destroza,
ver al que en mi mal se goza
señalarme con el dedo.
—Sacrificarme me toca
por mi padre. Ese vil vea
mi sacrificio, y que sea
la mordaza de su boca.
Inés! Aunque no te cuadre
á tí debo renunciar,
que un hijo no ha de turbar
el sosiego de su padre.
Ella! (*viendo á Inés que sale por la izquierda.*)
INÉS. Quién causa el dolor (*con ironía.*)
que en su rostro se retrata?
Siente usted amor que mata?
VIC. No mata, Inés el amor.
Nada acaba mi dolencia;
que es, al sufrir de tal suerte,
más horrible que la muerte
el peso de la existencia.
INÉS. Si correspondido es
por la mujer que usté adora,
¿cómo no consuela ahora
su padecimiento?
VIC. Inés,
qué, lazo aquí se me tiende!
INÉS. ¿Qué mucho que la ame ciego
cuando una chispa de fuego
la mayor hoguera enciende?
—La huérfana triste anda
deseando que usted hable.
VIC. (Callaré como el culpable,
que mi padre me lo manda)
INÉS. Justo es que la cerviz doble
como un villano lo hiciera,
que en ese pecho... de fiera!
no hay un sentimiento noble.
—Desde ahora...
VIC. Cesa, por Dios!
No hagas mi pecho pedazos!
INÉS. Rotos están nuestros lazos.
—Nada existe entre los dos.
Destruya una eterna ausencia
esa cadena de flores.
VIC. Inés, horribles dolores
aprisionan mi existencia.
INÉS. Sepa usted y la hermosa
que asi roba mi esperanza,
que es temible la venganza
de toda mujer celosa —
Sé lo que ignorar debia!.. (*con intencion.*)
Olvídeme por favor,
que el aliento de su amor
mi rostro enrojeceria. (*váse por la izquierda.*)
VIC. Todo lo sabe!—¡Humillado
por ella!... ¿Qué debo hacer?
—¿No hay en el mundo poder
que revoque lo pasado?
—Herrera llega.
(*váse por la derecha, y aparecen por el fondo don Santiago, Blas y luego un criado.*)

ESCENA XV.

DON SANTIAGO, BLAS, UN CRIADO.

BLAS. Jamás
pude sospechar tal cosa.
Cundió por Madrid la voz,
pero por eso en la Bolsa...
SANT. La noticia fué alarmante.
BLAS. Tan falsa como asombrosa.
Una casa como aquella,
que tanto crédito goza,
no es posible...
CRIADO. Señor..
SANT. Qué?

CRIADO. Esta carta. (*la entrega y se retira.*)
SANT. (*viendo el sello.*) Hola! Me choca
que me escriba este sugeto
cuando le creia en Roma.
BLAS. Quién?
SANT. Un gran capitalista.
No es fácil que le conozcas.
Una vez me visitó
y fué su visita corta.
(*lee.*) «Querido Herrera: dícese que la casa With »de Lóndres, donde tenia usted cantidades con»siderables, ha quebrado Me apresuro á ofrecer »á usted mi capital, y á participarle que habien»do cesado las relaciones de Inés con el hijo de »su cajero, por causas que ignoro, vuelvo, como »hace un año, á solicitar su mano. Un dia fuí á »saludar á usted y á oir una negativa; hoy es»pero abrazarle y obtener el consentimiento»...
BLAS. Qué es lo qué escucho?
SANT. Y ¿en qué
ese buen señor se apoya
para creer cuanto dice?
Qué Inés en silencio llora
las rarezas de tu hijo,
lo sé bien: pero que rotas
esas relaciones queden
al ver cercana la boda,
á fé de Santiago, que
esta novedad me asombra.
BLAS. Qué llora Inés en silencio?
SANT. Si; porque á María adora,
segun sospecho.

ESCENA XVI.

VICTORINO, *dichos*

BLAS. (*llamándole.*) Hijo mio.
(Espero que me responda
sin mentir.)—De qué proviene
esa tristeza tan honda
que asomar veo en tu rostro
y tus pesares denota?
VIC. Ignórelo; no pretenda
que el triste velo descorra...
SANT. Decláranos los motivos
de resolucion tan pronta.
Yo, que ansío el bien de Inés,
quiero saber sin demora
por qué el amante de ayer
hoy resuelto la abandona.
VIC. No pronunciaré una frase.
BLAS. Victorino!
VIC. Ni una sola.
BLAS. Te lo pido por tu madre,
que nos vé desde la gloria.
VIC. Madre mia!—Lo diré.
SANT. Habla.
BLAS. Calma mi zozobra.
VIC. A otro Inés ha prometido
darle la mano de esposa.

ESCENA XVII.

INÉS, MARÍA, *dichos.*

SANT. Inés!... (*como interrogándola.*)
INÉS. Semejante agravio
mi amor propio no consiente.
MARÍA. (Por piedad!) (*á Inés.*)
INÉS. Ese hombre miente.
Otra causa...
MARÍA. (*á Inés.*) (Sella el labio!).
INÉS. Interceder por él osas? (*á María.*)
SANT. Sepamos... (*con afan creciente.*)
VIC. (Dios, fuerzas dame!)
INÉS. Me separan de ese infame
razones muy poderosas.
BLAS. Qué es lo que escucho!
INÉS. (*Victorino baja la cabeza.*) Ignorante
de lo que pasa le amé...
—Mas, ¿por qué he de hablar, por qué,
si le acusa su semblante?
SANT. Habla; te lo mando. (*á Inés.*)
INÉS. Muerto
de amor por mí le creia
cuando supe que á María
amaba!
BLAS. A María!
SANT. Es cierto!
MARÍA. (Cielo santo!—¡Si no tiene
corazon!...) (*por Inés.*)
SANT. (*á Victorino.*) Habla; es de veras?
BLAS. Hijo, responde; no quieras
que el silencio te condene.
SANT. Es cierto que la amas? (*á Victorino.*)
VIC. No;
su mente, loca delira.
BLAS. (*con dignidad dirigiéndose á Inés y á don Santiago.*)
Sé que jamás la mentira
en sus labios asomó.—
Inés en otro habrá puesto
sus ojos enamorados,
y unos celos... infundados
la sirven hoy de pretesto.
(*movimiento de indignacion en Inés.*)
Tal accion no me sorprende
ni echársela en cara quiero,
que el amor que es verdadero
ni se compra ni se vende.
VIC. Padre...
INÉS. (*á Blas.*) Ya que usted provoca
á quien no puede ni debe;
ya que á insultarme se atreve,
don Blas, contestar me toca.
No soy la mujer voluble
que sus ilusiones mata,
y por antojo no ata
aquel lazo indisoluble:
soy...—Decirlo es necesario;
la mujer pundonorosa
(*movimiento de súplica en María.*)
que no quiere ser esposa
del hijo de un presidiario. (*con desprecio.*)
SANT. Ah! (*sorpresa general.*)
BLAS. (Dios mio, ten piedad!)
VIC. (Es preciso que esto acabe.)
INÉS. (*despues de una pausa, dirigiéndose á Blas y señalando á Victorino.*)
Él, que jamás mentir sabe,
que responda si es verdad.
BLAS. Es verdad! Pero delante
tiene á su cajero, Herrera,
sin que una falta siquiera
enrojezca su semblante.
(*recobrando la calma gradualmente.—María y Victorino permanecen inmóviles.*)
Presidiario fuí!—No pido
ni compasion ni consuelo,
que Dios quiso abrir el cielo

al ladron arrepentido.
De arrepentimiento llena
la Magdalena lloró,
y Dios su llanto secó
y abrazó á la Magdalena.
SANT. Blas, ¿por qué me has ocultado?..
BLAS. Sabe usted que honrado soy.
Veinte años cumplen hoy (*con energía.*)
que entré honrado y salgo honrado!
VIC. (¿Cómo de desdicha tanta
soportaré la fiereza?)
BLAS. Levanta, hijo, la cabeza
que tu padre la levanta.
No la tengas abatida,
que tranquilo él aun existe
porque esa página triste
honra el libro de su vida.
—Le honra; sí. El que de su falta
se arrepintió entre cerrojos,
se va... con llanto en los ojos,
¡pero con la frente alta!
—La caja sin dilacion (*á Herrera.*)
debe examinar, pues tuvo
la llave, un hombre que estuvo
en presidio por ladron!
SANT. De tí no dudé un instante
y es inútil tu deseo,
que, como en un libro, leo
tu honradez en tu semblante,
MARIA. Vamos...
VIC. Padre.
BLAS. Volveré.
Cuando aquí se hallen presentes.
Herrera, sus dependientes,
mis cuentas presentaré.
Hoy evita su presencia
el cajero y el amigo...
Dejo el alma, y vá conmigo
la calma de la conciencia
—Dios perdonó mi estravio (*á Inés.*)
con el llanto que vertí.
—Y tú... ¿me perdonarás? (*á Victorino.*)
VIC. (*con espansion.*) Si!...
BLAS. Gracias, gracias, hijo mio! (*abrazándole.*)
—Tú tambien con llanto bañas
tus ojos? (*á Maria.*)
MARIA. Lágrimas son
de consuelo...
VIC. De perdon,
padre!
BLAS. Hijos de mis entrañas!
(*Blas y Victorino se dirigen al fondo: Maria les sigue. D. Santiago se deja caer en el sillon. Inés les contempla con orgullo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

MARIANO, JAVIER.

JAV. Me ha contado el mayordomo
lo que de decirte acabo.
MAR. Sí?
JAV. Todos los dependientes
vinimos aquí á las cuatro;
esto es, una hora antes
del convite proyectado.
Dieron las cinco, las seis,
y en nuestros desocupados
estómagos, el apetito
llamaba muy recio. Entramos
en la sala grande, que
comunica con el cuarto
de Herrera, mas por hacernos
visibles, que por los cuadros
que sus paredes adornan,
cuando apareció un criado
y nos dijo: —«al comedor,
señores.»—Acento mágico!
Obedecimos al punto
Fuimos allí y don Santiago
con su preciosa sobrina
llegaron á poco rato.
Nos sentamos á la mesa,
y al ver que desocupados
tres asientos se quedaban,
dije yo:—«Es por cierto estraño
que nuestro querido jefe
nos quiera tener privados
de su agradable presencia
en dia tan señalado.
Está malo?»—No, Javier;
me contestó don Santiago;
se ha ausentado de esta casa
para siempre; pero callo
los motivos que le obligan
á no ejercer mas el cargo
que desempeñó fielmente
por espacio de veinte años.»—
Sirvieron una comida
opípara, y los criados,
el amo y la señorita,
en el rostro demostraron
que habian sido testigos
de un suceso estraordinario.
MAR. Pobre Gurea!
JAV. Despues,
su tristeza respetando,
de Herrera nos despedimos
y de Inés, y nos marchamos.
Ya en la calle, decidieron
algunos ver al anciano,
para saber los motivos
de aquel caso inesperado.
Efectivamente, á casa
de don Blas se encaminaron.
Yo me separé, porque
me esperaba en el teatro
cierta ninfa, á quien pretendo
darle corazon y mano.
Hoy llego y encuentro el
escritorio solitario.
Mi curiosidad aumenta,
tres horas espero en vano
que venga alguno y me diga
lo que ocurre, hasta que Pablo
con gran sigilo, me cuenta
lo que de narrarte acabo.
MAR. Javier, temo que hayan puesto
tus compañeros reparo
en volver aquí.
JAV. No temas;
todos seguros estamos
de la probidad de Blas
y sabemos que es honrado.

MAR. El que un momento lo dude
será, Javier, un villano;
tan villano, como el hombre
que, infames armas usando,
logró ayer que padre é hijo
salieran avergonzados.—
Pero á esplicarme no acierto
cómo aquí le han dispensado
tan grata acogida.
JAV. Anoche,
segun asegura Pablo,
vino á tratar de la boda
con Inés, y don Santiago
estuvo con él finísimo,
y le concedió la mano
de su sobrina.
MAR. Qué dices?
Lo escucho y quiero dudarlo.
JAV. Le conoces?
MAR. Si, á fé mia.
JAV. Dicen que es muy rico.
MAR. Falso!
Es el vicio su elemento;
es un tahur Si obcecado
hoy Herrera le concede
de su sobrina la mano,
y olvida al que consecuente
ha cuidado veinte años
sus intereses, entonces
yo seré, quien pregonando
la vida de ese... hoy evite
la deshonra y el escándalo.
Don Blas cometió una falta,
pero la lavó con llanto
de arrepentimiento.—¡Ayer
estaba desesperado!
Los consuelos de un amigo
son siempre tan necesarios
para el que sufre!—Me voy.
JAV. Te vas?
MAR. Volveré... (*yéndose.*)

ESCENA II.

DON SANTIAGO, *dichos.*

SANT. (*saliendo por la izq.*) Mariano...
te vas porque llego?
MAR. No,
por cierto; me juzga mal
si tal piensa.
SANT. Es natural;
te vas cuando vengo yo...
MAR. Mi intencion fué ver á usted
al venir aquí, y lo ansiaba
con tanto afan, que dudaba
alcanzar esta merced.
Por eso me iba.
SANT. (*reparando en Javier.*) ¿Tú aquí,
mano sobre mano, Osorio?
JAV. Desierto está el escritorio.
SANT. Qué! No hay nadie? (*con sorpresa*)
JAV. Á nadie ví.
Tres horas há que no hago
otra cosa que esperar;
mas no me quise marchar
sin ver á usted, don Santiago.
MAR. Y ¿qué interpretacion dá
usté á esto? ¿Á qué atribuye....
SANT. ¡Ya toda la gente huye
de mi casa!—Claro está!
Javier, ¿anoche quizás
no volver mas decidieron
al salir de aquí?
JAV. No: fueron
algunos á ver á Blas;
pues su silencio de usté
y su tristeza, durante
la comida, fué alarmante
para todos.
MAR. Lo noté.
No hay quien al ver una pena
la curiosidad resista.
Faltaba el protagonista
que animaba aquella escena
otros años.
SANT. (Lo que pasa
temí! .. Qué van á decir?)
MAR. Don Blas no debió salir
ayer tarde de esta casa.
SANT. Mariano...
MAR. Ignoro si empieza
á reconocer su error,
mas debo advertir, señor,
que obró usted con ligereza.
Perdóneme si desato
mi lengua, pero le digo
que en vez de hallar al amigo,
Blas halló en usté al ingrato.
SANT. Te engañas. Aquí encontró
solo un pecho agradecido,
que sin mostrarse ofendido
su falta le perdonó.
Nadie en mi caso, tal vez,
tanto en su favor hiciera.
MAR. No se pagan así, Herrera,
veinte años de honradez.
No tan pronto se abandonan
los buenos.
SANT. Palabras vanas.
MAR. Respete usted mas las canas
que su cabeza coronan.
¡Cuántas veces al saber
velar por sus intereses,
pasó semanas y meses
esclavo de su deber!
Él, por servir á su dueño.
alejó de sí gustoso
muchos dias el reposo
y muchas noches el sueño,
Hoy, que á retratar fielmente
el tiempo su afan empieza,
canas pone en su cabeza
y arrugas deja en su frente.
SANT. Que estará Gurrea espero
satisfecho de mi modo
de proceder...
MAR. ¡Oh, no todo
se paga con el dinero!
SANT. Basta, pues; es menester
que tus súplicas acaben.
Los que lo ocurrido saben
que juzguen mi proceder.
MAR. Yo no suplico, ni Blas
mis súplicas necesita.—
Fué enojosa mi visita
y lo siento.
SANT. Qué! Te vas?
MAR. Sí, señor.—Tenga presentes
mis palabras.

SANT. Lo que pasa
tú ya ves. Huyen de casa,
Mariano, mis dependientes.
Aunque en verdad, eso á mi
no me sorprende...
MAR. Lo creo.
SANT. Pues pensarán que deseo
que Blas no salga de aquí.
Sacarles será preciso
al momento de su error.
Quiero...—No: será mejor
una carta que un aviso.
—Javier?
JAV. Qué? (*que habrá permanecido retirado.*)
SANT. Tú escribirás
al punto á todos, rogándoles
que vuelvan; participándoles
que está despedido Blas:
y cuando concluyas, yo
las cartas firmaré. (*váse Javier por la derecha.*

ESCENA III.

Dichos, menos JAVIER.

MAR. Veo
que cumple usted el deseo
del que á Inés solicitó.
Hoy, obcecado quizás,
no comprende todavía
que ese hombre tan solo ansía
su dote.—Al lado de Blas
me hallé, cuando recibió
la carta que enviaba Herrera,
diciendo que no pusiera
aquí los piés.—Repasó
cien veces con avidez,
llorando, la carta aquella,
y en vano buscaba en ella
el premio de su honradez.
Presa de un sueño infernal
se creyó: su mal leia
otra vez, y todavía
juzgaba un sueño su mal.
Venir aquí su afan era;
mas dijo su hijo:—«Jamás;
para Herrera ha muerto Blas;
que para Blas muera Herrera.
Si usted, padre, verle evita,
cumple como honrado y fiel,
porque no es usted, es él
quien su perdon necesita.»—
Al fin no fueron del hijo
todas las súplicas vanas.
María besó sus canas
y el anciano los bendijo.
(*reparando la emocion de don Santiago.*)
Tambien como ellos lloré
presenciando aquella escena.—
Blas, en medio de su pena,
es mas dichoso que usté;
pues le pueden consolar
la calma de la conciencia,
Victorino, y la presencia
de aquel ángel tutelar.—
Vuelva usted á la razon
y si tranquilo lo piensa,
la injusticia de su ofensa
templará con el perdon.
SANT. Blas...
MAR. No tema que su lábio
el proferirlo rechace,
que una deuda satisface
el que perdona un agravio.
SANT. Es muy cierto.
MAR. (*ap. con gozo.*) (Me parece
que el remordimiento impera
en su alma.) ¡Es tan grato, Herrera,
consolar al que padece! (*yéndose.*)
SANT. Mariano, ¿no volverás
despues por aquí?
MAR. Sí, á fé.
SANT. Pues te aguardo.
MAR. Volveré...
mas no se olvide de Blas.
(*con intencion. Váse por el foro.*)

ESCENA IV.

SANTIAGO.

Si acaso la pena impía
su corazon á herir vá,
pronto endulzarla podrá
el cariño de María.
Mas si yo llego á la edad
de Gurrea, á quien no olvido,
será mi voz un gemido
perdido en la soledad!

ESCENA V.

INÉS, *dicho.*

INÉS. Tio, ¿qué quiere ese hombre?
¿Vino acaso á interponer
su influjo para que vuelvan
Blas y su hijo otra vez?
Supongo serán inútiles
sus ruegos.
SANT. Querida Inés;
no sé si Mariano vino
por mi mal ó por mi bien.
INÉS. Cómo, tio?
SANT. Sus palabras
ejercieron tal poder
en mi corazon!...
INÉS. No creo
que vaya á perder usted
su dignidad, atendiendo
á quién no debe... Despues
de lo que pasó, seria
estremada candidez
la suya, si consintiera
que aquí pusieran los pies.
SANT. Mi dignidad...
INÉS. Usted ama
á la huérfana, y no vé
que ocupa su pensamiento
Victorino.
SANT. Qué sandez!
INÉS. Pues, no está usted convencido?
SANT. No puede en mi alma caber
esa sospecha. Seria
injusto con ella, Inés.
INÉS. Le suplico que no olvide
lo ocurrido.
SANT. Lo de ayer?
No me lo recuerdes.
INÉS. Veo
que ya se arrepiente usted;
mas yo, tio, le prometo

que jamás he de acceder...
SANT. Debí evitar el escándalo,
sobrina.
INÉS. Fuera tambien
abandonar el camino
que se propuso emprender
anoche, servir de pábulo
á la crítica.
SANT. No...
INÉS. ¿Quién
quiere usted que le respete
como hasta ahora, al saber
que el que lleva el indeleble
sello del culpable, aun es
el hombre que su confianza
sigue mereciendo?—Amé
á su hijo; le amé, es verdad;
pero abusando el cruel
de mi cariño, á María
tan solo adora.—Lo sé.
SANT. Pero tú... fuiste...
INÉS. De todo
es capaz una mujer
celosa y enamorada.
¿Qué mucho que sobre él
descargára todo el peso
de mis celos? —A los tres
olvidemos, pues lo exige
esa sociedad, y es ley
obedecer.

ESCENA VI.

JAVIER, *dichos.*

JAV. (*con varias cartas.*) Don Santiago,
quiere usted firmar?
SANT. Sí: ven.
INÉS. Qué es eso, tio?
SANT. Que mis
dependientes al saber
lo que Gurrea ocultaba,
tratan de dejarme.
INÉS. Vé
usted cómo?...
SANT. Volverán,
porque les dice Javier
que Blas, por mandato mio,
ya no pondrá aquí los piès.
(*vánse por la derecha.*)

ESCENA VII.

INÉS.

Siento haber sido, á fé mia,
quien divulgára su mal...
Mas, qué mujer callaría?
Celosa estaba. En María
ví tan solo una rival.
—Victorino! Cuando intento
pensar en él, le recibe
mi alma henchida de contento;
mas quiero olvidarle... y vive
por eso en mi pensamiento.

ESCENA VIII.

INÉS, ERNESTO, *luego un* CRIADO.

ERN. Inés... (*saliendo por el fondo.*)
INÉS. Quién?
ERN. Gran dicha alcanza
el que ama, viéndola á usted,
porque renace la fé
en alas de la esperanza.
Anoche por fin oí
el *sí* que anhelaba, Inés,
pues esa palabra es
la ventura para mí.
Cuando ante usted me presento
y sus miradas recibo,
me atrevo á creer que vivo
al fin en su pensamiento.
INES. Que eso sospeche es mejor
y fé constante reclamo,
pues creyendo que le amo
mas firme será su amor.
ERN. A su pretension me ajusto
sin violencia, con placer,
que mi gran gusto ha de ser
hacer sumiso su gusto.
INÉS. Gracias, Suarez.
ERN. Al decirme
que reclama en mí la fé,
tambien descubro en usté
un amor constante y firme.
Huirán los dias sombrios
y vendrán tiempos mejores
que aten con cintas de flores
sus amores y los mios.
Tan dulce anhelo, los males
de mi pecho vá alejando.
INÉS. Es eso de veras?
ERN. Cuándo
se firman los esponsales?
(Esto es lo que mas conviene!)
—Impaciente, ídolo mio,
estoy desde que tu tio
á nuestro enlace se aviene;
pues lo que mas se desea
tarda siempre mas.
INÉS. Dèl alma
la inquietud tan solo calma.
CRIADO. Don Victorino Gurrea. (*anunciando y váse.*)

ESCENA IX.

Dichos, VICTORINO.

INÉS. Qué escucho!
ERN. (Habré dado en vago
el golpe?)
INÉS. (A poner los piés
aun se atreve...)
VIC. Doña Inés,
vengo... á ver á don Santiago.
INÉS. (¡Debo evitar ..) (*váse por la izquierda.*)
VIC. (*mirándola.*) Se presenta
tan hermosa esa mujer
á mis ojos, como ayer
cuando divulgó mi afrenta.
ERN. (Calma.)
VIC. Ante amigos y estraños
entregarle quiero yo
la llave que le confió
á mi padre ha veinte años!
Oh! Será una escena llena
de interés; yo así lo espero.
(*Ernesto va á salir, pero Victorino le detiene.*)
—Dígnese usted, caballero,
tomar parte en esta escena,
ERN. No tengo necesidad
de presenciar...
VIC. Quiero yo

que usted se convenza.
ERN. No
rebajo mi dignidad...
VIC. Ese orgulloso desden
mi corazon acibára...
—Míreme usted cara á cara
que soy honrado tambien!
—No se atreve usted! Ya siento
nacer el gozo en mi pecho...
Ya tiene de lo que ha hecho
conmigo, remordimiento! (*pausa.*)
¿Por qué el hombre que amenaza
al rival con saña fiera,
calla como si tuviera
en la boca una mordaza?
ERN. Me inspira usted compasion.
Nada en esta casa espere,
pues don Santiago no quiere
ninguna satisfaccion.
VIC. Aunque á Herrera no le cuadre
cumpliré con mi deber.
La joya de mas valer
es el honor de mi padre,
ERN. Bien; defiéndale... mas yo
en esta cuestion no quiero
intervenir...
VIC. Caballero!
mi afrenta aquí públicó
y debe oir con paciencia
mis descargos, se lo exijo! (*con imperio.*)
La honra del padre es del hijo:
es su mas preciosa herencia.
—A esa mujer que amontona
sobre mí males sin cuento,
si la maldice mi acento
(*Señalando la habitacion de Inés.*)
mi corazon la perdona.
ERN. (Blas no ha de venir. Mi enlace
con Inés ahora es ya fijo. (*reflexionando.*)
—Y la presencia del hijo?
Mis proyectos no deshace.)
(*Aparecen por la derecha, Santiago y Javier: éste, que sale con aquel, saluda á Victorino y se vá por el fondo.*)

ESCENA X.

SANTIAGO, *dichos, luego un* CRIADO.

SANT. Victorino!
VIC. No se asombre.
Obediente á lo que dijo
en su carta, viene el hijo
á rendir cuentas en nombre
del padre.—Usted prohibió
ayer terminantemente
la entrada á Blas, y es prudente
que venga en su nombre yo.
SANT. Mas...
VIC. Sus cuentas presentar
es mi mayor interés.
SANT. Te advierto que inútil es
porque no te he de escuchar.
Acaben entre nosotros
palabras vanas.
VIC. Yo sé
que aunque no me escuche usted
querrán escucharme otros.
SANT. Quién?...
VIC. Sus dependientes.
CRIADO. Baena,
Castro, Orozco y demas, tienen
deseos de hablarle.
(*váse á una señal de Santiago.*)
VIC. (*á Santiago.*) Vienen
á presenciar esta escena.
SANT. Ellos!
ERN. Es posible!
VIC. Sí:
que sepan anhelo yo
cómo aquí mi padre entró
y cómo salió de aquí.
Y al verificarlo, fio
que agradecerá el favor, (*á Santiago.*)
pues en ello vá su honor,
el de mi padre y el mio.
SANT. Podiamos evitar
este espectáculo...
VIC. No.
Mi afrenta se publicó
y es necesario alejar
las sospechas miserables
que mancharian tal vez
veinte años de honradez
y unas canas venerables.
SANT. Ah, Victorino!... No niego
que dés semejante paso,
pero tú ignoras acaso
que han accedido á mi ruego
mis dependientes, confiados
en mi palabra?
VIC. (*con afan.*) Y... cuál es?
SANT. Que no pondria los pies
tu padre aquí.
VIC. Desdichados
de nosotros! (*aterrado.*)
ERN. (Bien! Le ha impuesto
la nueva!) (*á Santiago.*) Usted necesita
que se vaya, y así evita
un escándalo funesto.
SANT. Para tu tranquilidad
y la mia, te aconsejo
que te retires
VIC. No cejo.
SANT. Si yo de la probidad
de Blas estoy convencido.
—No desoigas mis razones;
de lo contrario, te espones
á un desprecio inmerecido.
VIC. Usted acrecienta más
la llama de mi deseo.

ESCENA XI.

BLAS, MARIANO, *dichos.*

MAR. Señores...
ERN. (*al ver á Blas.*) (Gran Dios!)
SANT. (*al verle tambien.*) (Qué veo!)
MAR. Aquí presento á don Blas.
BLAS. De sus labios necesito (*á Herrera.*)
oir lo que escribió ayer,
que no me sé convencer
de que Herrera lo haya escrito.
ERN. Yo no debo presenciar (*aparte á Santiago.*)
lo que pasa, y me retiro.
SANT. Adios, Ernesto.
BLAS. (*viéndole.*) (Qué miro!)
MAR. (*acércase al fondo y llama á los dependientes que habrán estado hablando formando corro.*)
Pueden ustedes entrar.

De ese enemigo cruel (*señalando á Ernesto.*)
á Gurrea he de librar.
Corro al instante á buscar
quien se entenderá con él. (*váse por el fondo.*)

ESCENA XII.

BLAS, SANTIAGO, ERNESTO, JAVIER, *dependientes.*

BLAS. Caballero... (*deteniendo á Ernesto.*)
ERN. Qué!
VIC. Un instante
le suplico que se quede.
ERN. Quién me impedirá...
BLAS. (*aparte á Ernesto con energía.*) Quién puede.
No se borró tu semblante
de mi memoria.
ERN. (*aparte con terror.*) ¡Justicia
de Dios! Qué haré!
SANT. (*á los dependientes.*) Y bien!
ERN. (*aparte con decision*) (Valor.)
DEPEN. Todos venimos, señor,
á sofocar la malicia.
SANT. Mas qué pretendeis vosotros?
Decid: de saber acabe. .
DEPEN. Que donde don Blas no cabe
jamás cabremos nosotros.
SANT. Conque...
DEPEN. Resueltos estamos
á que nuestra honradez vea,
que es el espejo Gurrea
donde todos nos miramos.
SANT. Es honrado, y me envanece
tal demostracion de aprecio.
Joya es de escesivo precio
la honra que le pertenece
BLAS. Me basta.—Grabados dejo (*á los dependientes.*)
en mi pecho sus favores.
Nunca olvidará, señores,
esa accion el pobre viejo.
Mas si mis palabras pueden
algun dominio ejercer
sobre ustedes, mi placer
hoy estriba en que se queden.
JAV. Imposible conocemos
que es su permanencia aquí.
—No es cierto, Gurrea?
BLAS. Sí.
JAV. Pues retirarnos debemos.
(*Todos dan muestras de asentimiento y se van por el fondo.*)

ESCENA XIII.

BLAS, SANTIAGO, ERNESTO, VICTORINO.

BLAS. Salgamos de aquí al instante,
hijo. (*mirando á Ernesto con horror.*)
VIC. Ya vió usted la escena
(*acercándose á Ernesto que permanece inmóvil.*)
que con empeño tenaz
le suplicaba que viera.
Usted, que sabe la historia
del que hoy esta casa deja,
añada esa bella página
á la vida de Gurrea.
BLAS. Qué dice!
VIC. Ayer el señor
vino á divulgar su afrenta.
BLAS. Conque fué este... caballero
quien cometió la vileza...
dije mal, quien descubrió
mi falta!...—Nadie pudiera
tan fielmente relatar
el hecho, mas la vergüenza
cómo no puso al instante
un fuerte nudo á su lengua?
SANT. Blas, en mi casa!...
BLAS. En su casa?
Delante del rey que fuera
no hallaria ese hombre un dique
á mis iras.
ERN. Su insolencia
sabré castigar.
BLAS. Infame!
VIC. Padre!
BLAS No saldrá. Mi afrenta
que le hiera de rechazo
quiere la cólera eterna! (*pausa.*)
Por qué el rostro no levantas
como yo?—Dí: por qué tiemblas?
ERN. De ira!
BLAS. De temor. Hace años
que mi corazon anhela
este momento!
(*Mariano aparece en el fondo con el comisario.*)
VIC. Qué escucho!
BLAS. Ese es el vil que á la senda
del crímen guió mis pasos.
SANT. Será posible!
BLAS. Sí, Herrera.
ERN. Torpe mentira, que debo
castigar.
BLAS. ¿Por qué lo niegas,
si en el semblante descubres
el sello de tu vileza?
—Aun oigo al que hirió tu brazo!
Aun vive aquel por quien llevas
esa cicatriz, testigo
de tu crímen!—La cabeza
levanta...—Responde.—Al fin
la vergüenza ata tu lengua! (*con satisfaccion.*)
ERN. Ah! (*aterrado.*)
BLAS. Para que te persuadas
de que en mi pecho se albergan
los generosos instintos
del honrado, vé y no temas
que te descubra. Abandona
esta casa, que tu huella
es la baba repugnante
que el súcio caracol deja!

ESCENA XIV.

MARIANO, EL COMISARIO, *dichos.*

COM. Dispense usted, don Santiago.
—La justicia jamás presta
apoyo al crímen. Las frases
que oí, afirman mis sospechas.
—Sígame usted! (*vánse Ernesto y el Comisario.*)

ESCENA XV.

MARIANO, SANTIAGO, BLAS, VICTORINO; *luego* EL CRIADO.

VIC. Padre mio!
BLAS. No soy yo; es la Providencia
quien al malvado señala.
MAR. Dispénseme usted, Herrera
Yo he sido el acusador
de ese hombre.

BLAS. (*admirado.*) Tú!
MAR. En la senda
que por mi mal emprendí
y de la que usted, Gurrea,
me apartó con sus consejos,
le conocí. Por primera
vez entré hace algunos dias
en una guarida de esas
en donde muchos sedientos
de enriquecerse penetran.
—Él era el banquero. Estaba
de oro la mesa cubierta.
Por instantes duplicaba
el capital. A su izquierda
tenia de pié, jugando
y perdiendo á manos llenas
el oro, dos que al fin vieron
que de la suerte no eran
azares, porque al fullero
le descubrió su torpeza.
Le reclaman el dinero
mal ganado. El se niega
á darlo; baja á la calle;
á todos insulta y reta:
llega en esto la justicia
y él escapa con presteza.
—Ayer le ví en esta casa
y despertó mis sospechas.
Hoy he vengado á don Blas
del que provocó su afrenta,
y á usted el pesar le evito (*á Santiago.*)
que ocasionarle pudiera
casándole con Inés.
SANT. Bien; á mis ojos te eleva
esa accion.
BLAS. Ven á mis brazos!
VIC. Mi gratitud será eterna.
MAR. Y la mia.
SANT. Blas; te pido
que rompas la carta aquella
que te mandé. Si con sangre
pudiera borrar sus letras...
—Te vas?
BLAS. Es indispensable.
SANT. Por aquello que mas quieras
te suplico que te quedes.
BLAS. Imposible.
SANT. Asi me dejas?
Victorino, une á mis ruegos
los tuyos, y si de veras
has amado á Inés, tambien
la perdonarás á ella.
(*toca un timbre y aparece un criado en el fondo.*)
Que venga la señorita.
CRIADO. En este instante se apea
del coche.
SANT. Habia salido?
CRIADO. Há poco con la doncella.
SANT. Dónde fué?
CRIADO. Señor, lo ignoro.
—Ahora sube la escalera. (*váse.*)
SANT. De aquella amistad tan santa (*á Blas.*)
se romperán las cadenas?
VIC. Es su voluntad de hierro.
MAR. Ved que llora! (*á Blas señalando á Herrera.*)
BLAS. Adios!...
SANT. Gurrea!
(*Blas y su hijo dirigense al foro, y aparecen Inés y María.*)

ESCENA ULTIMA.

MARIA, INÉS, *dichos.*

INÉS. Un momento.—No podia
calmar, tio, mi afliccion,
y fuí á buscar el perdon
en los brazos de María.
El fiero enojo que ayer
la inspiré, desaparece;
que ¿á qué alma no enternece
el llanto de una mujer?
SANT. Dios conduce á tu presencia
á la huérfana que llora. (*á Blas.*)
MAR. Es la sombra bienhechora
que envia la Providencia.
VIC. Oh, qué mirada!
(*sorprendiendo una mirada de María.*)
MARÍA. (*ap. al ver á Victorino*) (El rubor
de mi semblante vendióme...
—Cegad mis ojos, no asome
ni una ráfaga de amor!)
INÉS. Mis celos, cual humo vano,
huyeron, tio, tambien.
Sé que ama María...
SANT. (*con afan.*) Á quién?
Á quién, Inés?
INÉS. Á Mariano.
MAR. Su amor me trajo al camino
del bien que huia fugaz.
Hoy, su presencia, la paz
dará á Inés y á Victorino...
SANT. (Se aman!)
MAR. Y serán espejos
de tanta felicidad
los lazos de la amistad
que dá la calma á estos viejos.
SANT. Blas!
BLAS. Santiago!...
SANT. Si los lazos
de esa amistad venerada
se rompen, qué queda? Nada!
BLAS. Es verdad!
SANT. Dame los brazos! (*abrazándole.*)
VIC. Padre, verle así me place.
SANT. ¡Cuántos goces proporciona
el cariño!
MAR. (*con intencion*) El que perdona
los agravios, satisface
sagradas deudas á Dios.
SANT. Haz á María dichosa. (*á Mariano.*)
VIC. (No puede Inés ser mi esposa. (*aparte á Blas.*)
Hay un mar entre los dos.)
BLAS. (Véngate de su desden (*aparte á Victorino.*)
dándole tu nombre y mano.
Huya el rencor...)
VIC. (*aparte á Blas.*) Es en vano.
Amo á María tambien!
BLAS. (*aparte con rapidez.*) Calla y sufre!
VIC. (*aparte á Blas.*) (¡No sabia,
padre, que valiese tanto!)
(*dirigiéndose á los demás.*)
—Inés ha roto el encanto
que nuestras almas unia.
BLAS. De la ofensa el fuego apago
con el llanto de los dos.
SANT. Blas, que te bendiga Dios.
BLAS. Él nos bendiga, Santiago.

VIC. Padre! (*besando su mano.*)
BLAS. Deja que derrame
este llanto de consuelo;
y cuando benigno el cielo
permita que á sí me llame
aquella mujer querida,
que de madre el nombre diste,
borra esa página triste
de la historia de mi vida.

FIN.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 6 de mayo de 1862.—El Censor de teatros, Antonio Ferrer del Rio.

MADRID.—1863.

Imp. de F. Escamez Centeno, á cargo de J. Arboledas, San Juan, número 57, principal.